

SER JOVEN ESTA DE MODA

A este mundo en que hoy vivimos, con todos sus defectos, tenemos que agradecerle muchas cosas. Y, entre ellas, quizá no sea la menos importante su preocupación por ofrecernos los medios de mantenernos jóvenes.

A la química y a la cirugía no se les caen los anillos por dedicarse a espantar arrugas y disimular bolsas; la gimnasia y la dietética se esfuerzan en afinar cinturas y pantorrillas, lo mismo que en fortalecer bíceps y ahuyentar úlceras, y la moda hace el resto, permitiendo que todas las mujeres se vistan de la misma forma simple y desvuelta, ya sea que estén terminando el bachillerato o tengan a su alrededor media docena de chiquillos llamándolas mamá o abuelita.

Ser joven está de moda, igual que en otras épocas se usaba estar pálida o cantar melodías románticas en las reuniones caseras. Y empeñadas en seguirla, en "estar al día" en esto de la juventud, nos damos con verdadero fervor a las flexiones y al bisturi, a la lechuga y al yogur. Luego, al mirarnos al espejo, aun sin demasiada indulgencia, podemos exclamar satisfechas: "¡Parezo una muchacha!".

Pero un cutis de colegiala y una cintura de avispa no son suficientes para lanzar con fundamento ese grito de triunfo. Hace falta algo más; mucho más. Tener el espíritu tan flexible como el tallo, el criterio tan fresco como la piel.

Aunque no se nos vea una arruga ni con lupa, seremos viejitas si decimos: "La juventud de ahora es tonta. ¡Mira que entusiasmarse con esto del twist!".

Naturalmente, la mujer que hace este despectivo comentario no recuerda cuánto se extasiaba bailando un tango, con qué energía levantaba los pulgares cuando así lo exigía el "lambeth-walk" o cómo daba pataditas a un lado y otro al ritmo de la conga.

Si alguien se lo hace notar, dirá en tono airado: "¡Oh! Es diferente... ¡Aquellos bailes sí que eran bonitos...!".

Si ve a una muchacha con los ojos subrayados de negro y la boca sin pisca de pintura, exclamará: "¡Estas chicas parece que acaban de salir de una enfermedad!".

Y probablemente tenga razón; en lo que ya no la tiene es en ponerse a criticar sin que le venga a la memoria aquella barra color violeta negruzco que ella llevó cuando tenía la misma edad y que le daba el aspecto de haber comido moras a puñados sin haberse lavado la cara después.


En cuestiones de otro orden le ocurrirá lo mismo. Al ver a una pareja sentada en un banco del parque, con las manos cogidas y los ojos embobados, comentará: "En mis tiempos teníamos más recato...".

¿De veras? Pues eran aquellos años veinte, que por algo se han popularizado con el adjetivo de "locos"...

Quien piense o diga "cualquier tiempo pasado fue mejor" no puede ser joven. Sólo en la vejez se siente nostalgia. Una nostalgia capaz de cometer la injusticia de olvidar los defectos que entonces, como ahora, existían.

Esta clase de vejez no hay sauna ni vestido claro que la contrarreste. Un buen antídoto, sin embargo, será observar los problemas, los gustos, la conducta de los jóvenes, con mirada desapasionada y atenta. En ellos descubriremos algo equivocado —como siempre— y mucho bueno —como siempre también—. Porque si juventud puede ser sinónimo de atolondramiento, complejos, acné, inseguridad, confusión, lo es, asimismo, de entrega, idealismo, desinterés.

Si lográramos conservar estas cualidades, seríamos jóvenes a cualquier edad. Y aunque la crema no resulte tan mágica como aseguraba el prospecto y las flexiones no consiguen fundir los centímetros de cintura que nos sobran, la juventud nos pertenecerá para siempre. Igual que si tuviéramos, cada uno, nuestro Shangri-Lá particular.



2 Tailleur realizado en ligera lana amarilla. Un largo lazo de la misma tela que la blusa pasa por dos grandes ojales y se anuda en el escote.

3 Conjunto de tarde color paja. La blusa y el forro de la chaqueta, confeccionados en organza estampada en diversos tonos de marrón.